

Introducción

GLORIA A. FRANCO RUBIO

Como viene siendo usual en los últimos años, la revista *Cuadernos de Historia Moderna* ofrece de forma monográfica uno de sus números anuales a las asignaturas optativas impartidas por el Departamento de Historia Moderna en la Licenciatura de Historia; este es el caso de la revista que tiene el lector/a en sus manos, referida en esta ocasión a la que lleva por título *Cultura y Mentalidad en la Edad Moderna*, un tema tan complejo como sugerente, pero siempre enormemente atractivo, y de una cierta modernidad historiográfica en nuestro país.

A pesar de que en la historiografía modernista occidental podemos rastrear ya desde los años treinta del siglo XX una gran tradición investigadora sobre múltiples temas y/o aspectos relacionados con las ideas (imaginario) y las creencias —míticas y/o religiosas, conscientes e inconscientes—, sobre las actitudes y los comportamientos en el discurrir de la vida cotidiana, la diversidad cultural y sus manifestaciones de todo tipo, o en relación a las formas materiales de la existencia, su nacimiento como corriente historiográfica ha necesitado un largo devenir para ser una realidad académica en el mundo universitario. Y ello porque, aún siendo una rama de la historia a la que se hacían múltiples alusiones, en la práctica docente y académica siempre se acababa estudiando de forma desvaída, *inmersa o diluída* entre el contenido de otras asignaturas a las que se venía primando en la tradición de los estudios históricos lo que significaba perder —o no poder llegar nunca a adquirir— su propia identidad como tal. En este sentido hay que destacar el notable esfuerzo y las interesantes aportaciones realizadas por la llamada «tercera generación de Annales» en las últimas décadas a quienes hay que atribuir el enorme mérito y gran parte de la buena salud que goza hoy día en el panorama historiográfico actual. En España su inclusión como asignatura específica en los planes de estudio universitarios es bastante reciente, puesto que no alcanza ni siquiera los diez años de vida.

Sería a fines de los ochenta cuando la comunidad científica empezó a hablar y discutir cada vez más sobre la crisis de las ciencias sociales, del derrumbe de

las ideologías o del fin de la historia; en ese momento, y en medio de tal maremagnum conceptual, se puso de manifiesto cómo, en nuestra disciplina, los paradigmas teóricos (fundamentalmente el marxismo y el estructuralismo), las fuentes documentales y la metodología al uso habían tocado techo. Algunos historiadores lanzaron una llamada de atención sobre el problema, al tiempo que alertaban sobre la urgencia de una renovación profunda que la dinamizara completamente, tanto en el plano epistemológico como en el heurístico, incorporando nuevas técnicas e instrumentos de trabajo igualmente novedosos, objetos de análisis alternativos y el concurso de otras disciplinas. Así se llegó a la década de los noventa donde las aportaciones individuales o colectivas pudieron ser conocidas mediante la producción editorial; del mismo modo que la realización de mesas redondas, seminarios, debates y polémicas hizo mantener la discusión viva sobre la historia en general, y sobre la historia de las culturas, ideas y mentalidades, en particular. Esta autocrítica y reflexión sobre los objetivos y límites de la ciencia histórica generó una verdadera eclosión de estudios, prueba de lo cual es la notable bibliografía existente, un fenómeno que no dejaría fuera de la polémica a nuestro país, ni mucho menos, como ponen de relieve las numerosas publicaciones al respecto.

En lo que concierne a la *Historia de las Mentalidades*, estrechamente unida a la Historia Social, ha sido necesario renovar conceptualmente las proposiciones teóricas en cuanto al sujeto y objeto de estudio, pero también en lo que se refiere a los modelos descriptivos e interpretativos, lo que implicaba redefinir nuevas categorías analíticas como *cultura*, *aculturación*, *representación*, *apropiación* etc.; en segundo lugar, también era preciso proponer una nueva aproximación a la investigación a partir de nuevos enfoques que formularan otros interrogantes sobre los individuos (formas de pensar, de imaginar, de sentir, de vivir, de relacionarse, de morir) que permitieran completar nuestra visión acerca de su vida concreta, personal y social (estudio del *hombre común*, jerarquía de las culturas, hábitos culturales, *formas de representación*, relaciones de dominación y conflictos, redes de socialización, *microhistoria* ...); tercero, había que recurrir a la ayuda que pudieran prestar otras disciplinas —algunas no muy bien aceptadas hasta el momento— como la psicología, la sociología, la antropología, la filosofía o el folklore; y cuarto, era urgente conseguir una ampliación del aparato testimonial y de los fondos documentales como fuente histórica. En la medida en que esto se iba consiguiendo ha sido posible establecer una serie de temas hacia los que se ha encaminado el historiador, y que ha desembocado en la creación de verdaderas sub-corrientes dentro de ella, desde la historia de las ideas y creencias racionales e irracionales (publicística, opinión pública, politización, mundo inmaterial), a la historia de la(s) cultura(s) en todas sus variantes —popular, oficial, erudita, urbana o rural, religiosa o profana— donde se incluye la historia del libro y de la lectura, o la historia de la educación, alfabetización, instrucción y escolarización; la historia de las costumbres, actitudes y comportamientos —sociabilidad, alteridad, privacidad e in-

timidad, conflictos y transgresiones—; la historia de la fiesta en su triple vertiente, cortesana, laica y religiosa; la historia de la muerte; la historia de las mujeres, o de *género*, de la familia y de la vida cotidiana.

Precisamente por la riqueza temática que nos ofrece hoy día la Historia de las mentalidades y el prestigio de los historiadores que desde el primer momento se prestaron gustosamente a colaborar en este número, he querido plasmar en estas páginas una muestra amplia del panorama actual. Respecto a la cronología los estudios aquí incluidos se refieren al conjunto de los tres siglos modernos, desde el impacto del descubrimiento de América en la conciencia europea a la sociabilidad ilustrada, aunque se tratan también otros temas universales, recurrentes en todas las épocas históricas; en cuanto a los escenarios geográficos parecía lógico el predominio de la casuística sobre España, aunque se ha intentado incluir referencias a otros espacios, concretamente a Francia y a la América española; los aspectos seleccionados afectan al individuo tanto en lo que se refiere a las creencias más profundas —la muerte y la presencia del *otro*, con el consiguiente problema de la alteridad/identidad—, como a los hábitos culturales mediante el análisis de los medios de acceso a la cultura —libros, sistema docente y opinión pública—, de las prácticas culturales —lectura—, y de las manifestaciones religiosas y laicas —festividades y sociabilidad—, todo ello enmarcado en lo que podríamos considerar espacios sociales por excelencia, la esfera privada y/o el ámbito público. De los colaboradores sólo quiero mostrar públicamente mi agradecimiento por su generosa colaboración, que ha hecho posible la edición de este volumen, ya que son suficientemente conocidos en la comunidad científica por su brillante trayectoria docente e investigadora, tanto dentro como fuera de nuestras fronteras.

El tema de la muerte en el ideario e imaginario colectivos es uno de los más recurrentes al estudiar las mentalidades y las manifestaciones culturales en la sociedad moderna; con este artículo el profesor James CASEY de la Universidad de Norwich, (*Queriendo poner mi ánima en carrera de salvación: la muerte en Granada, siglos XVII-XVIII*) nos introduce en las actitudes personales y colectivas ante el hecho más importante al que se enfrenta la humanidad, y lo hace analizando, por un lado, los instrumentos y mecanismos con que cuenta la sociedad para ayudar a la gente en dicho tránsito, de ahí que el recorrido por los testamentos y la reflexión sobre las fórmulas protocolarias (y personales) forme parte fundamental de su estudio, así como por todo el boato que acompañaba al óbito a nivel social, como el duelo, el luto y los recordatorios periódicos de la persona fallecida. Por otra parte, el autor se centra en la vertiente religiosa de este tema, toda vez que, desde este punto de vista, este hecho, más que un fin en sí mismo, se convierte en un tránsito, en un medio de iniciación a otra vida, con todas las connotaciones a que ello daría lugar; teniendo en cuenta que nos encontramos en una monarquía católica, y en una ciudad habitada durante mucho tiempo por una población morisca —no olvidemos la significación de esta importante minoría étnico-religiosa— que fue objeto de una profunda cristia-

nización y aculturación, hay que ir analizando exhaustivamente el ritual religioso (sacramentos, oraciones, funeral, oficios religiosos fúnebres, cortejo, enterramientos) y la necesidad de disponer de un «aparato de refuerzo» que ayudaban al «buen morir» y aligeraba la estancia en el Purgatorio (misas y sufragios post-mortem).

La profesora Francesca Cantú, de la Università Tre di Roma (*América y utopía en el siglo XVI*) nos presenta en su artículo un estudio profundo sobre el hecho de la alteridad, uno de los problemas latentes siempre en todas las épocas históricas, y que frecuentemente no ha sabido resolverse con la medida que debiera. Si, por un lado, el descubrimiento de un continente y de una población humana sobre los que no se tenía ninguna idea preconcebida hizo plantearse a los europeos su propia identidad, en oposición, pero también como referencia, al *homo novus* recién descubierto —lo que originó el nacimiento de la antropología—, por otra parte, generó una reflexión tan intensa en la cultura oficial, en el discurso eclesiástico y en la acción evangelizadora —proyectos de Vasco de Quiroga, de B. las Casas y de los franciscanos— que se plantearon experiencias colonizadoras y prácticas políticas tan novedosas que, para la propia sociedad europea del momento, América —en palabras de la autora— «representó la gran aventura intelectual» de los europeos en los albores de la modernidad, incluso «antes de constituir una aventura existencial» para todos aquellos que encontrarían en sus tierras una nueva forma de vida y de constitución de la sociedad. Por último, dio paso al nacimiento de utopías —europeas y andinas— que intentaban construir una sociedad distinta, alternativa tanto a la prehispánica como a la colonial.

El profesor José Luis Sánchez Lora (*Retórica, oralidad y lectura en la Edad Moderna*) nos conduce al problema de las formas y medios de acceder a la cultura, ya sea oficial o popular, a través de la palabra y la lectura. Concediendo una notable influencia a las formas de lectura en voz alta —un tema sobre el que existe cierta discrepancia entre los historiadores— sostiene que, en gran medida, muchos de los libros que se editaron en la época habían sido escritos teniendo en cuenta un destinatario que no va a leer sus páginas sino que va a oír su contenido, y cómo los autores ya tenían presente esa idea cuando escribían su obra. Partiendo de esa tesis, Sánchez Lora analiza la dialéctica que se desarrolla entre el autor, el posible lector y su auditorio.

Siguiendo con el tema del libro y de la lectura, el profesor Manuel Peña Díaz (*Libros permitidos, lecturas prohibidas, siglos XVI-XVII*) aborda su trabajo a partir de la censura gubernativa existente en la España del Antiguo Régimen —en manos de la Inquisición, fundamentalmente— pero en relación a la que se aplicaba sobre los libros y lecturas que realizaban las minorías étnicas y religiosas, desde los alumbrados hasta los moriscos y judeo-conversos.

El profesor Ricardo García Cárcel (*La opinión de los españoles sobre Felipe V después de la Guerra de Sucesión*) trata en su artículo el tema de la opinión pública en un momento especialmente crucial en la historia de los españoles como fue el conflicto dinástico que surgió en nuestro país a la muerte de

Carlos II, generando una guerra civil que desgarró a la monarquía española, y que trajo consigo unas consecuencias de carácter político-administrativo, en gran parte teñidas de unas connotaciones ideológicas, que hizo surgir una opinión pública, una publicística y un debate intelectual sumamente rico en la sociedad coetánea al conflicto y prácticamente también durante el largo reinado del primer Borbón. Para ello toma como referencia la acción anti-borbónica, dentro y fuera del país, la memoria histórica de la guerra a través de la intensa producción historiográfica que se desarrolló poco después del conflicto, y a través de las manifestaciones de la cultura oficial y cortesana.

La profesora Marta Pieroni Francini, de la Università tre di Roma, (*Los Jansenistas y la Escuela*) se refiere, por una parte, a la educación y tarea docente que pusieron en práctica nuevas órdenes religiosas durante el siglo XVII, concretamente los Jansenistas franceses en lo que ellos denominaron «escuelas elementales», que significó la plasmación de unos objetivos docentes completamente novedosos tanto en el concepto pedagógico —educación básica generalizada—, como en el sistema de instrucción y en la didáctica empleada, mediante la adopción de técnicas *revolucionarias* —empleo de la lengua vernácula, uso de manuales— que intentaban suplir las deficiencias existentes en la mayoría de las escuelas. Igualmente, se analizan a fondo las implicaciones sociales y políticas que este sistema genera en la sociedad francesa (política oficial hacia el Jansenismo, inquina de los jesuitas etc.) y que acaba con su desaparición, a pesar de las importantes personalidades que pasaron por sus aulas y de lo fructífero que estaba resultando esta forma educativa en el plano docente.

Los profesores Fernando Martínez Gil y A. Rodríguez González (*Del barroco a la Ilustración en una fiesta del Antiguo Régimen: el Corpus Christi*) enmarcan su artículo en el tema de la fiesta, una de las manifestaciones culturales más significativas, tanto de la cultura laica como religiosa, aunque en este caso concreto se refieran a una de las festividades religiosas que alcanzó mayor relieve en el mundo católico, especialmente en España, al convertirse en uno de los cultos más extendidos desde la Contra-Reforma y revestir mayor solemnidad en cuanto a la participación del conjunto de la población, con el concurso de las autoridades civiles y eclesiásticas; para ello harán un recorrido a través de su puesta en escena en diferentes ciudades españolas como Sevilla, Bilbao y, sobre todo, Toledo. Sin embargo, los autores inciden especialmente en los elementos profanos, y hasta paganos —tarasca, gigantes y gigantones— que pervivieron mezclados con las creencias religiosas, intentando desentrañar el discurso religioso que hacía posible la convivencia de ambas creencias, y que acabaron siendo suprimidas por los ilustrados a mediados del siglo XVIII, cuyo concepto de religiosidad no permitía ya la permanencia de unos elementos a los que consideraban muestra de superstición e ignorancia.

Por último, Gloria A. Franco Rubio presenta un artículo (*Hacia una reconstrucción de la sociabilidad ilustrada: las Sociedades gaditanas de Amigos del País*) relativo a las formas de relación social de la época, y más concreta-

mente a las prácticas de sociabilidad en la España ilustrada. Para ello, ha elegido como objeto de estudio una de las asociaciones/instituciones más significativas de aquella época, claro exponente de dicha sociabilidad, las Sociedades Económicas de Amigos del País, que florecieron con tanto empuje tanto en nuestro país como en el resto de los países europeos; concretamente su análisis se refiere a las que fueron surgiendo en la provincia de Cádiz en el último tercio de la centuria. En su estudio analiza la estructura organizativa, la calidad de los socios, los objetivos pretendidos, las actividades realizadas y los resultados obtenidos, todo ello a partir de la contextualización social de este fenómeno (asociativo) en la sociedad española a finales del Antiguo Régimen.